

TEOLOGÍA Y PRÁCTICA

CELIBATO Y SOLEDAD Una reflexión

P. Luis de Diego, S.J.

La soledad es una realidad humana insoslayable. Toda persona debe enfrentar cierto grado de soledad, sea cual sea el estado de vida que haya elegido. Es natural que en el celibato adquiera particulares contornos. Y que, con frecuencia, sea un problema mal resuelto. Según estadísticas recientes el sacerdote se casa, en cuatro de cada cinco casos, por problemas de aislamiento y soledad. Y no rechaza el celibato para fundar una familia, sino para formar una pareja.

El sentimiento de una soledad estéril es un problema para cierto número de clérigos. Aunque no siempre se experimenta así. Se trata de una soledad muchas veces lamentada pero, con frecuencia también, sutil o inconscientemente buscada. ¿Por qué? Alguien ha hablado de la “discreta fascinación de la soledad del célibe” hecha de una secreta búsqueda de refugio, defensa,

* El P. **Luis de Diego Choliz** es un jesuita aragonés, nacido en Zaragoza en 1941 y arraigado hace años en Venezuela. Tras culminar sus estudios de bachillerato cursó Filosofía en la Universidad Católica de Quito (Ecuador) en 1965 y revalidó su Licenciatura en la Universidad del Zulia (1967) y en la de Madrid (1969). Se licenció luego en Teología en la Universidad de Deusto (Bilbao, España) en 1971, para alcanzar el Doctorado en Teología por la Universidad Gregoriana de Roma en 1974. Ha sido profesor de Teología en el IUSI por varios años, y más aún en el ITER. Especialista en Teología Espiritual. Tiene gran experiencia en el acompañamiento espiritual a formadores y formadoras en ejercicio. Es profesor de Humanidades en la Facultad de Ingeniería de la UCAB y en el Postgrado de Teología. Ha sido Director y miembro del Centro de Estudios Religiosos de la UCAB del 1989 a 1995. Entre sus publicaciones destacamos “La opción sacerdotal de Ignacio de Loyola y sus primeros compañeros (1515-1540), editado en 1975 por la UCAB y el CIS de Roma. Y “El Hombre: retos, dimensiones y transcendencia”, en colaboración con Massimo Desiato y Mikel de Viana, editado en la UCAB en 1993. Acompaña Ejercicios Espirituales y dirige seminarios sobre formación en la Vida Religiosa, promoviendo la preparación teológica y espiritual sobre todo de superiores y formadores. Correo electrónico: ldediego@hotmail.com

y gratificación. Lo que plantea inmediatamente una pregunta básica sobre la calidad de las relaciones de la persona célibe. Calidad que tendrá uno de sus fundamentos en la capacidad personal que se tenga para percibir y manifestar los propios sentimientos.

Desde esta realidad se plantean algunas preguntas a la formación. La soledad es un tema que preocupa a los jóvenes. Se interrogan sobre cómo afrontarlo, cómo resolverlo. No existen respuestas fáciles. Habría que comenzar diciendo que, en el campo afectivo, es sabio someterse por algunos años a una exigente disciplina si se quieren vivir auténticas amistades en el celibato. Antes de que esto ocurra es preciso descender a los infiernos del propio narcisismo y posesividad, al mundo de los sentimientos negativos. Habrá que conocerse con realismo, tendrá que hacer crisis la propia imagen ideal. Habrá que recorrer una cierta “vía dolorosa”, hasta encontrarse con la verdadera “autoestima”.

Quedarse solo puede proporcionar la capacidad para verse a sí mismo y a las otras personas como ellas son, sin etiquetas, sin prejuicios. Con sus luces y sus sombras. Para dar después la respuesta que se merecen, una respuesta cuidadosa. Ver así es difícil. Es más cómodo y perezoso continuar viéndose a sí mismo y a las cosas y personas en medio del ruido, el desenfoque, la confusión y los prejuicios habituales.

El corazón del celibato es ese centro sagrado que ninguna otra persona toca. El celibato deja un espacio sagrado que requiere atención. La pregunta es: ¿Cómo se llena ese espacio? ¿Con imágenes de falsos ídolos que inducen a un comportamiento auto-indulgente? ¿Con un aislamiento excéntrico? ¿Con adicciones que llenan el vacío de una vida sin pasión? Pero la soledad podría aprovecharse más creativamente.

SOLEDAD Y PASCUA

Es cierto. La soledad proporciona el tiempo necesario para una confrontación necesaria, sin adicciones. Me refiero a la confrontación con los sentimientos, que a veces nos invaden, de frustración, ansiedad, tristeza, dolor... Es importante reconocer la realidad de esos sentimientos, sean los que sean, identificarlos, y saber convivir con ellos consciente y deliberadamente. Por ejemplo, es conveniente afrontar con claridad el duelo por las pérdidas que lleva consigo la vida y renuncia propia del célibe. Es decir, la renuncia a

la actividad genital sexual, al amor conyugal, a la paternidad o maternidad natural... Debe vivirse este proceso de dolor y renuncia no para quedarse morbosa y sombríamente en él, sino para llegar a una experiencia pascual. ¿Qué señales nos indican que se han enfrentado con éxito esos sentimientos? Cuando se logra pasar del puro sentimiento de pérdida al sentimiento y sentido de regalo y don. Cuando se puede alabar y dar gracias a Dios por la situación que se ha elegido y se vive. Las pérdidas han sido “transfiguradas”: el Misterio Pascual pasó por ellas. Han quedado “pascualizadas”.

La soledad permite también un diálogo sanador con toda ira, resentimiento y dolor, por ejemplo, hacia los miembros de la propia familia de origen. La persona célibe debe ser capaz de vivir en el presente y no pegado a un inacabable y casi siempre inútil memorial de agravios. La soledad proporciona la oportunidad de cargar con estos sentimientos, dialogar con ellos, con la ayuda ocasional de un guía competente, y aprender a sanarlos, para no vivir en una perpetua lamentación o resignación.

El diálogo con el dolor realiza milagros. Hay que saber mirarlo de frente, y sentir, expresar y compartir esta experiencia con uno mismo y con las personas apropiadas.

La soledad es el tiempo y lugar para preguntarse con valentía:

¿Qué significan estos sentimientos en mi vida?

¿Qué mensaje sobre mi mismo me están revelando?

¿Cómo puedo integrar mis deseos sexuales con mi identidad de célibe?

¿Qué invitación de Dios hacia un crecimiento e integración personal y espiritual encuentro debajo de estos sentimientos y deseos?

¿Qué decisiones concretas puedo tomar sobre conductas específicas que debo asumir, o a las que debo renunciar?

Toda vida humana sería pide un balance entre pensamientos (conocer), sentimientos (afectos) y decisiones a tomar (conducta).

Es importante saber dar el paso desde la “solitariedad” (la vivencia de estar solo sin nadie a quien querer, o por quien sentirse querido) a la “soledad”, que podría definirse como una divina plenitud, con la conciencia de sentirse acompañado y unido a muchas personas y realidades. Tal paso sólo podrá darse cuando se es capaz de abrazar el dolor de la “solitariedad” para poder

llegar a la otra orilla. En la auténtica experiencia de la soledad podemos sentir y saborear, quiénes somos, quiénes son los otros, quién es Dios.

Esta capacidad sana para la soledad puede sostenerse y fomentarse de muchas maneras: reservando cada día determinados tiempos de silencio para rehacerse, para descansar, para entrar en contacto con la naturaleza, para contemplar, leer, evaluar, orar, prepararse, discernir... Pueden ayudar paseos solitarios, días de desierto periódicos, retiros más largos...

SOLEDADE E INTIMIDAD:

“Yo no estoy solo, porque el Padre está conmigo” (Jn 16, 32)

Los evangelios presentan a Jesús sintiéndose a gusto en la soledad y recomendándola a sus seguidores (Mt 6,6). La soledad de Jesús fue siempre acompañada, no era “solitariedad”, ni separación inapropiada de una saludable interacción social. Fue, ante todo, la preparación para una intimidad mayor, para una mejor y más profunda comunicación. Primero, para su encuentro personal con el Padre, y después el prólogo y epílogo de su capacidad de amistad humana, y del encuentro compasivo con la multitud de personas necesitadas y sufrientes a las que cada día se entregaba, es decir de su misión. Si meditamos un momento sobre el breve pasaje de Mt 14,22-23 nos daremos cuenta de lo valioso que allí se nos dice:

“Luego hizo que los discípulos subieran a la barca y se le adelantaran a la otra orilla, mientras él despedía a la gente. Después de despedirla, subió a la montaña para orar a solas. Al llegar la noche estaba allí solo”.

Para amar desde el celibato, para vivir auténticas amistades habrá que saber quedarse solo y despedir a la multitud. La relación con el Padre es un momento esencial de esa soledad necesaria para amar mejor, para desarrollar una sana capacidad de intimidad, amistad y pasión por Dios, y por los hombres y mujeres de cada día, incluidas las personas más amigas. Lo expresa acertadamente Sandra Schneiders:

“Parecería que una vida religiosa que no lleve consigo al menos alguna experiencia de unión con Dios, con todo lo escasos y breves que tales momentos puedan ser, entrelazada con la aridez y el sufrimiento que aporta, carecería del elemento más

importante para poder enfrentarse constructivamente con la ausencia de un compañero^a de vida humano. Más aún, si un hombre o mujer crecen a lo largo de su vida en relaciones humanas personales y profundas se hace difícil ver cómo van a poder integrarlas dentro del compromiso del celibato si una experiencia de unión con el Único a quien esa mujer o ese hombre entregan su vida no provee el contexto para tal integración.

Esto significa, en concreto, que la formación para una vida de oración, un sólido anclarse en tal vida, y un firme compromiso por desarrollarla, sean cuales sean los obstáculos que se presenten, es algo absolutamente necesario para que una vida religiosa tenga sentido. (...) La intimidad con Dios, no el responsable cumplimiento de rutinas, la experiencia de una unión con el Único del que sabemos (no pensamos o creemos, sino sabemos) que nos ama individual, tierna, y en forma plenificante sicológicamente, en un modo que desafía la comunicación con los otros pero que alimenta nuestro corazón en profundidad, esta intimidad con Dios, decimos, es esencial para la vida del celibato consagrado. No estoy sugiriendo que deberíamos transformar nuestra oración en una búsqueda de experiencias raras. Afirmando que deberíamos ser gente de profunda oración, sabiendo que Dios, cuya fidelidad es mayor de lo que podemos imaginar, llenará nuestros más profundos deseos humanos de una manera que no podemos ni llegar a sospechar y nunca podríamos describir. La intimidad con Dios no es un camino para vivir la vida religiosa con sentido. Es el único camino. Y es tan crucial para el religioso^a como la intimidad con el esposo^a para la persona casada, y por las mismas razones

Algunas preguntas para la reflexión y el diálogo.-

Mahatma Gandhi solía decir: “De las veinticuatro horas del día dedico diez y seis para mí, y ocho para el prójimo. Sin ese tiempo reservado para mí, mi servicio al prójimo sería mediocre”.

Descubre el lugar de soledad y silencio en tu vida. ¿Recibes con gusto la oportunidad de estar sólo/a? ¿Cómo la aprovechas?

¿De qué manera facilita la soledad el reconocimiento, la identificación y apropiación de los sentimientos, el saber vivir y convivir con ellos?

¿Qué tipo de pérdida es más vivo en tu actual experiencia?

¿Ha pasado por el misterio pascual alguna de tus pérdidas del celibato? Si es así, descubre y describe el proceso.

¿Cómo te ayuda o estorba la experiencia de la soledad para vivir mejor la unión con Dios, la relación con Jesús, la misión, la fraternidad, la amistad?